

Conferencia conclusiva

NO TENGÁIS MIEDO: ¡VALÉIS MÁS QUE MUCHOS PÁJAROS!

Querida Madre Abadesa y Padres Abades Presidentes,
Querido P. Procurador General Lluc, Querido P. Procurador emérito Meinrad,
Queridas Madres Abadesas, Padres Abades, Madres Prioras, Padres Piores
y miembros todos del Capítulo General,

Al final de este Capítulo General, pienso que no es necesario repetir o resumir lo que hemos dicho, lo que hemos discutido y las decisiones que hemos tomado. En cambio, pienso que es importante detenernos un momento para darnos cuenta de lo que ha acontecido en estos días, porque esto es lo que hemos de llevar con nosotros, transmitir a nuestras comunidades, y dejar fermentar como nueva levadura en la masa de nuestra Orden.

Dios no nos olvida

En el Evangelio de la Misa de ayer, Jesús nos decía: "¿Acaso no se venden cinco pájaros por dos monedas? Pero ninguno de ellos pasa desapercibido ante Dios. También los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No tengáis miedo: ¡valéis más que muchos pájaros!" (Lucas 12,6-7).

No sé muy bien por qué se vendían y compraban los pájaros en tiempos de Jesús; probablemente para comerlos; por lo tanto, es de por sí una paradoja que una situación que lleva a la muerte Jesús la vea como el signo evidente de la providencia de Dios. Y quizá cuando dice que nuestros cabellos están todos contados, piensa también en los cabellos que caen... En el Evangelio de Mateo, Jesús insiste aún más en la atención del Padre por lo que es precario: "¿No se venden dos pajarillos por un as? Pues bien, ni uno de ellos caerá en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre." (Mt 10,29).

Todos solemos tener la tendencia a sentirnos olvidados por Dios cuando por una u otra razón nos sentimos decaer, disminuir de número, de fuerzas y de cualidad. Entonces, Cristo nos pone ante la realidad del Evangelio, que no es diferente de la realidad que tenemos siempre ante los ojos, porque los pájaros los vemos, y vemos que no son pájaros valiosos, y sabemos que en el mercado se compran por poco, porque hay tantos. Y también los cabellos los vemos todos los días, al menos los de los demás, y vemos que es imposible contarlos, y que caen fácilmente. Pues bien, esta realidad cotidiana se convierte en realidad del Evangelio cuando la miramos con los ojos de Jesús, con sus ojos llenos de fe y de pasión por el Padre. Jesús no podía mirar un pájaro, no podía mirar ni siquiera un cabello, sin pensar en el Padre, sin llenarse

de un recuerdo apasionado por el amor del Padre. Y es precisamente esta mirada de Jesús la que nos revela la realidad, toda la realidad, que no es tanto toda la realidad del universo, sino toda la realidad del universo iluminada por la providencia, por la misericordia de Dios.

En estos días, hemos vuelto muchas veces sobre el tema de la *lectio divina*, a la meditación de la palabra de Dios como fuente de pasión y fervor para vivir nuestra vocación y misión. En el fondo, todas las prácticas de la vida monástica sirven precisamente para encender en nuestro corazón y en nuestra mirada la mirada de Jesús que nos revela el rostro completo de la realidad, de todo lo que existe, y de todo lo que sucede. Y esto nos hace ver que la realidad, la vida, es hermosa, llena de sentido, buena, porque todo se encuentra abrazado por la atención y el querer del Padre. Dios no nos olvida, Dios no nos deja caer sin su consentimiento, por lo tanto, sin que sea un misterioso episodio de su designio bueno sobre nosotros y sobre el mundo. Y, sobre todo, Dios no nos olvida cuando somos pocos y sin valor, como lo son dos pájaros por 50 céntimos cada uno.

Se les abrieron los ojos

Yo creo, es más, he visto junto con vosotros que en estos días hemos recibido el don de mirarnos los unos a los otros y de mirar nuestras comunidades y la Orden con esta mirada evangélica de Cristo. Y es así como les sucedió a los discípulos de Emaús, a los que de repente “se les abrieron los ojos” (Lc 24,31) para reconocer que Jesús estaba vivo y presente en medio de ellos.

“Se les abrieron los ojos”: en el fondo, qué expresión tan extraña. Normalmente decimos que abrimos los ojos, es decir, que somos nosotros los que decidimos cuándo queremos abrir nuestros ojos. Sin embargo, decimos que “se nos cierran los ojos” cuando tenemos sueño, por ejemplo, durante una conferencia del Abad General. Pero normalmente no pensamos que nuestros ojos puedan abrirse por sí solos. Cuando sucede esto, nos quedamos asombrados, porque de repente la realidad se nos revela en su totalidad, en toda su belleza, porque la vemos en Dios y llena de Dios, en Cristo y habitada por Él. Y comprendemos que este fenómeno no puede ser más que una gracia que nos viene de Él; un fenómeno que nosotros no podemos provocar, sino solamente *reconocer*, como un niño se asombra ante algo hermoso. Lo hemos visto con frecuencia en el rostro radiante de la pequeña María en estos días.

Después, parece que Jesús desaparece enseguida, y nos da la impresión de que la realidad que nos circunda vuelve a ser como antes. Pero sabemos ya que la “realidad como era antes” no es el verdadero rostro de la realidad, porque sabemos, aunque lo hayamos visto solo un instante, que la realidad está, por decirlo de alguna manera, llena de Jesús, que Jesús ilumina todo, que su presencia transfigura todo. ¡Imaginémonos cómo la aparición del Resucitado transformó completamente a los ojos de los dos discípulos la taberna de Emaús donde se detuvieron para comer! Y después, regresando a Jerusalén, ¡imaginémonos qué mirada nueva tuvieron sobre el camino que habían recorrido ya en la venida! Y lo más increíble es que regresando

por aquel camino, de noche y sin que Jesús les acompañara, era ahora infinitamente más luminoso y lleno de Cristo que a la ida, realizada de día y junto con Él. Porque ahora tenían los ojos abiertos, aún más “se habían abierto” a la luz del Misterio que se les había mostrado.

En medio de nosotros

Como para los discípulos de Emaús, esta revelación ha acontecido en medio de nosotros. Habría sido necesario tener vendados los ojos del corazón para no haberlo visto. Es lo que más y con más frecuencia me ha sorprendido durante este Capítulo General: que de repente se nos abrían los ojos y veíamos en medio de nosotros a Cristo.

Lo veíamos en medio de nosotros en una imprevista inspiración de unidad de juicio, de pensamiento, de deseo de solidaridad, de compasión recíproca, o hacia una situación dolorosa por parte de alguna de nuestras comunidades; en la increíble casi unanimidad de voto sobre temas largamente discutidos en los que nos creíamos divididos; en la misericordia de unos para con otros, deseosa de comprender nuestra diversidad, aún más: felices de ser tan diferentes de cultura, de estilo, de sensibilidad, porque vemos que con todo esto Dios ejecuta en la Iglesia una sinfonía de la que solamente Él tiene la partitura...

Hemos visto la presencia de Cristo en medio de nosotros en la libertad con la que P. Meinrad ha dejado su oficio de Procurador general realizado durante veinte años, pero también en la disponibilidad generosa con la que lo ha acogido P. Lluc.

Lo hemos visto en el servicio generoso de todos los que, además de ellos dos, han organizado y asistido en este Capítulo General: Agnese, Piotr, Elia, P. Galgano, Sor Aline, Sor Marina, P. John, P. Francesco, Annemarie, Fr. Tobias, P. Coelestin, y quienes han traducido los textos... ¡Todos generosísimos y radiantes de alegría por servir! Hemos visto a Cristo en medio de nosotros en nuestros huéspedes, en su palabra, aún más, en su testimonio. Y, evidentemente, en quienes de entre nosotros han preparado las relaciones y han estudiado y expuesto los temas que hemos tratado. El Espíritu Santo ha realizado esto entre nosotros, el Espíritu Santo ha encarnado al Verbo en medio de nosotros, como en María.

Dar testimonio

De esto es de lo que hemos de dar testimonio; y es con este deseo de testimonio con el que debemos regresar a nuestras comunidades, con el que debemos volver a nuestras tareas de cada día. Después de su manifestación a los discípulos de Emaús, Jesús desapareció, no para estar ausente, sino para que el signo seguro y luminoso de su presencia fuesen precisamente los dos discípulos.

También nosotros, en nuestra vuelta a casa, encontraremos a nuestras comunidades como las hemos dejado, aún más: en ciertos casos más pequeñas y frágiles, como Thyrnau en la que han fallecido dos Hermanas durante este Capítulo, o Wilhering que perdió ayer un padre. Pero es precisamente en nuestras comunidades, con todos sus

problemas y dificultades, donde el Señor nos envía para dar testimonio de que no es un sueño que Él se nos aparezca, que no es un sueño que Él esté en medio de nosotros, que no es un sueño o una utopía que Él sepa transformar sorprendentemente la mísera realidad de nuestra vida, de nuestros encuentros, de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos, de nuestras palabras.

No se trata tanto o solamente de contar lo que hemos vivido juntos, porque quizá no nos creerán o dirán que ha sido una ilusión, un espejismo colectivo o, incluso más, como después de Pentecostés, que nos hemos “emborrachado con el vino dulce”, el de los *Colli romani* (Act 2,13).

Incluso nosotros mismos, con el paso de los días y de las semanas, comenzaremos quizá a pensar en estos días como en un hermoso recuerdo del pasado y, por lo tanto, como en un fenómeno que no se renueva en el presente de nuestra vida diaria. Pero el testimonio cristiano no lleva a los demás solo un recuerdo; lleva una experiencia que acontece ahora, que se renueva cada día, en cada instante, porque es la experiencia de la presencia del Señor resucitado en medio de nosotros que nos habla y actúa.

Lo que debemos retener como un tesoro es el hecho de que el Señor nos ha concedido vivir esta experiencia durante estos días, y lo ha hecho precisamente subrayando algunos elementos esenciales de la vida cristiana que debemos buscar de no perder al salir de aquí.

Ante todo la importancia de la comunión fraterna entre nosotros. La necesitamos mucho, especialmente nosotros superiores, precisamente porque estamos llamados a tener compañía, a acompañar, a nuestros hermanos y hermanas. Quien se aísla, quien se aleja, quien cree poder actuar por sí solo, quizá con la soberbia de creer saber hacerlo mejor que los demás, antes o después se pierde, y pierde a su comunidad.

Una comunión entre nosotros que nos hace estar más atentos al Señor en medio de nosotros, y que por lo tanto comparte su amor, su Palabra de vida eterna, su perdón, su alegría humilde e irradiante sobre los demás. Una comunión entre nosotros, por lo tanto, que continúa en la oración de unos por otros, y de cada uno por todos. Una comunión entre nosotros que permanece atenta, vigilante sobre el hermano, la hermana, que somos los unos para los otros.

"¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?" (Gn 4,9). ¡¡Sí, lo somos!! Lo debemos ser, lo debemos ser entre nosotros. Y puede ser que salgamos de aquí con un cierto remordimiento, porque no hemos podido o querido estar de verdad atentos a los cansancios y dificultades que algunos, quizá muchos de entre nosotros, viven en sus comunidades. Entre nosotros hay superiores y superiores que ciertamente habrían deseado que se les prestase más atención, más escucha, más ayuda. Pero espero que todos perciban al menos que durante el Capítulo General se ha comenzado para cada uno de nosotros un proceso de vida en el tiempo que tiende a no dejar solo a ningún superior y, por lo tanto, a ninguna comunidad. Pero seremos responsables ante Dios si apagamos por negligencia, por pereza, por miedo a perder la vida, los procesos de comunión que el Espíritu ha iniciado en nosotros y entre nosotros.

No tengáis miedo

En el fondo, Cristo nos pide trabajar sobre un solo punto para permitir que no se apague el don sorprendente de su presencia y de su luz en medio de nosotros: nos pide no tener miedo: "No tengáis miedo: ¡valéis más que muchos pájaros!" (Lc 12,7).

No os escondo que en las semanas que lo han precedido pensé con miedo al Capítulo General. Temía no estar preparado, temía los posibles desacuerdos, temía el resurgir de conflictos pasados con este o aquel miembro del Capítulo, tenía que quizá fuese demasiado corto o demasiado largo, temía el cansancio que podría conllevar para mí o para los demás organizadores, temía los posibles resultados de las votaciones y de las elecciones... En resumen, temía a un fantasma de la realidad, es decir, una realidad en la que no dejaba lugar para la presencia y la obra de Dios en medio de nosotros. El temor es el olvido del Padre, de su misericordia y ternura para con nosotros, y para con todos.

El temor es también un modo de rechazar un camino de fraternidad y amistad con el propio "enemigo". En Cristo, lo que vence al temor al enemigo, no es la fuerza para vencerlo, sino la humildad de dejarnos reconciliar por Dios con nuestro hermano, con nuestra hermana. A veces no progresamos en la vida de comunión porque tememos la gracia de la reconciliación más que al mismo enemigo. Tememos ser trabajados por Dios, por un don de la gracia, para hacernos amigos de nuestros enemigos. Porque los enemigos permanecen lejos de nosotros, mientras que el amigo entra a formar parte de nuestra vida. Sí, en nuestras comunidades y entre los superiores de la Orden suele ocurrir que no se reza por la reconciliación es porque sabemos que esta es la oración que Dios siempre acoge, y si la acoge, entonces el otro que nos era hostil se nos hace familiar y no podremos librarnos ya de él.

Acoger la reconciliación es la necesidad más ardiente de la humanidad, del mundo de hoy. Por esto, quien se deja reconciliar con el otro renueva el mundo entero. Y el hecho de que la reconciliación y el perdón sean una gracia que Dios quiere hacernos, nos hace aún más responsables en esto.

Una experiencia de comunión como la que hemos tenido estos días, nos libera del miedo de convertirnos verdaderamente en amigos y hermanos y hermanas los unos de los otros, y esto da comienzo al proceso de vida más hermoso y fecundo que el Resucitado pueda avivar en nosotros y entre nosotros.

Por tanto, perdonad mis miedos, perdonémonos mutuamente los miedos de los unos para con los otros, ¡y sigamos nuestro camino cada vez más unidos, rezando los unos por los otros!

Gracias a Dios y a vosotros por estos días, buen regreso a... Jerusalén, donde Jesús se os aparecerá siempre nuevamente, y salud y abrazad de corazón de mi parte a todos vuestros hermanos y hermanas!

*Fr. Mauro-Giuseppe
Abad General*